

Mijaíl Bulgákov

El Maestro y Margarita



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Narrativa

EL MAESTRO Y MARGARITA

Mijaíl Bulgákov

1.ª edición: septiembre de 2025

Título original: *Мастер и Маргарита*

Traducción: *Juli Peradejordi*

Corrección: *Marta Fraile*

Diseño de cubierta: *Carlos Pan*

© 2025, Ediciones Obelisco, S.L.
(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S.L.
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida
08191 Rubí - Barcelona - España
Tel. 93 309 85 253
E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-1172-331-2
DL B 14999-2025

Impreso por CPI Black Print - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

PRIMERA PARTE

I.	Nunca hablen con desconocidos	9
II.	Poncio Pilato	25
III.	La séptima prueba.....	53
IV.	La persecución	59
V.	El incidente en Griboiédov	69
VI.	Esquizofrenia, como se predijo.....	85
VII.	Un apartamento siniestro.....	95
VIII.	El duelo entre el profesor y el poeta	109
IX.	Las artimañas de Koróviev	121
X.	Noticias desde Yalta	133
XI.	El desdoblamiento de Iván.....	147
XII.	Magia negra y su revelación	153
XIII.	La aparición del héroe.....	171
XIV.	¡Viva el gallo!	195
XV.	El sueño de Nikanor Ivánovich	207
XVI.	La ejecución.....	223
XVII.	Un día agitado	237
XVIII.	Los visitantes desafortunados	253

SEGUNDA PARTE

XIX.	Margarita.....	281
XX.	La pomada de Azazello	297
XXI.	El vuelo	305
XXII.	A la luz de las velas.....	321
XXIII.	El Gran Baile de Satanás	337
XXIV.	La liberación del Maestro.....	357
XXV.	Cómo el procurador intentó salvar a Judas de Keriot .	385
XXVI.	El entierro.....	399
XXVII.	El fin del apartamento número cincuenta	425
XXVIII.	Las últimas andanzas de Koróviev y Behemot	445
XXIX.	El destino del Maestro y Margarita está decidido	461
XXX.	¡Es hora! ¡Es hora!	467
XXXI.	En las Colinas de los Gorriones.....	481
XXXII.	Despedida y descanso eterno.....	485
	Epílogo	493

PRIMERA PARTE

—¿Quién eres, a fin de cuentas?

—Soy parte de aquella fuerza que eternamente quiere el mal y eternamente obra el bien.

GOETHE, FAUSTO

Capítulo I

Nunca hablen con desconocidos

A la hora de más calor de una puesta de sol primaveral, aparecieron dos ciudadanos en los Estanques del Patriarca. El primero de ellos, vestido con un traje veraniego grisáceo, era de baja estatura, regordete, calvo, llevaba en la mano su respetable sombrero con forma de pastelito y en su rostro bien afeitado destacaban unas gafas de tamaño sobrenatural con montura de carey negro. El segundo, un joven robusto, pelirrojo y despeinado, llevaba una gorra a cuadros inclinada hacia la nuca, una camisa de vaquero, pantalones blancos arrugados y zapatillas negras.

El primero no era otro que Mijaíl Aleksándrovich Berlioz, presidente de la junta directiva de una de las mayores asociaciones literarias de Moscú, abreviada como MASSOLIT, y editor de una importante revista literaria. Su joven acompañante era el poeta Iván Nikoláievich Ponyriov, que escribía bajo el seudónimo de Bezdomni.

Al llegar a la sombra de los tilos, apenas reverdecidos, los escritores corrieron, antes que nada, hacia una caseta pintada de colores vivos con un letrero que decía: «Cerveza y refrescos».

Sí, hay que señalar la primera rareza de esa terrible tarde de mayo. No sólo en la caseta, sino en todo el bulevar paralelo a la calle Malaya Brónnaya, no había ni una sola persona. A esa hora,

cuando ya parecía imposible respirar, cuando el sol, habiendo abrasado Moscú, caía en una neblina seca más allá de Sadóvaia, nadie había buscado la sombra de los tilos, nadie se había sentado en los bancos: el bulevar estaba vacío.

—Deme un agua de Narzán —pidió Berlioz.

—No hay —respondió la mujer de la caseta, que por alguna razón parecía ofendida.

—¿Hay cerveza? —preguntó con voz ronca Bezdomni.

—La traerán por la tarde —contestó la mujer.

—¿Y qué hay entonces? —preguntó Berlioz.

—Refresco de albaricoque, pero caliente —dijo la mujer.

—¡Bueno, pues dénoslo, dénoslo!

La bebida de albaricoque produjo una abundante espuma amarilla y el aire se impregnó de un olor a barbería. Tras beber, los literatos comenzaron a tener hipo de inmediato, pagaron y se sentaron en un banco, de cara al estanque y de espaldas a Brónnaya.

Entonces ocurrió la segunda extrañeza, que sólo afectó a Berlioz. De repente, dejó de hipar, el corazón le dio un vuelco y por un instante pareció hundírsele en algún lugar recóndito, para luego regresar, pero con una especie de aguja clavada en él. Además, Berlioz sintió un miedo irracional, pero tan fuerte, que lo único que deseaba era huir de los Estanques del Patriarca sin mirar atrás.

Miró a su alrededor con angustia, sin comprender qué lo había asustado. Pálido, se secó la frente con un pañuelo y pensó: «¿Qué me pasa? Nunca antes me había sucedido esto... Mi corazón está fallando... Estoy agotado. Tal vez sea hora de mandarlo todo al diablo e irme a Kislovodsk...».

Y entonces, el aire ardiente que lo rodeaba se espesó y, de entre ese aire, se tejió la figura de un extraño personaje translúcido. Llevaba una pequeña gorra de yóquey sobre su diminuta cabeza, una chaqueta a cuadros, corta y ligera... Era un hombre de gran altura, pero de hombros estrechos, increíblemente delgado y con un rostro, cabe destacar, burlón.

La vida de Berlioz había transcurrido sin grandes acontecimientos extraordinarios, por lo que no estaba acostumbrado a fenómenos inexplicables. Aún más pálido, abrió los ojos de par en par y pensó con angustia: «¡Esto no puede ser real!».

Pero, por desgracia, sí lo era y aquel hombre larguirucho y transparente oscilaba frente a él, de un lado a otro, sin tocar el suelo. El terror se apoderó de Berlioz hasta tal punto que cerró los ojos. Y cuando los abrió, todo había terminado: la visión se había desvanecido, el hombre de cuadros había desaparecido y, con él, la aguja que le oprimía el corazón.

—¡Maldita sea! —exclamó el editor—. ¿Sabes, Iván? ¡Por poco me da un golpe de calor! Incluso he tenido algo parecido a una alucinación —intentó sonreír, pero sus ojos aún reflejaban inquietud y sus manos temblaban. Sin embargo, poco a poco se calmó, se abanicó con el pañuelo y, pronunciando con bastante energía un «Bien, entonces...», retomó el discurso interrumpido por la bebida de albaricoque.

Este discurso, como se supo después, trataba sobre Jesucristo. El caso era que el editor había encargado al poeta una extensa poesía antirreligiosa para el próximo número de la revista. Iván Nikoláievich, sorprendentemente, no había tardado demasiado en escribirla, pero, para desagrado del editor, el resultado del trabajo no lo satisfizo en absoluto. Bezdomni había retratado al personaje central de su poema, Jesús, con tintes extremadamente oscuros y, por ello, el editor consideraba que el poema debía reescribirse por completo. Ahora, el editor impartía al poeta una especie de clase sobre Jesús, con la intención de señalarle su error fundamental. Era difícil determinar qué había jugado una mala pasada a Iván Nikoláievich: si su excesivo talento para la descripción o su total desconocimiento del tema sobre el que escribía. Fuera como fuere, le había salido un Jesús del todo vivo, aunque, a decir verdad, para nada atractivo.

Berlioz quería hacerle entender que lo importante no era cómo había sido Jesús —bueno o malo—, sino el hecho de que en realidad

Jesús, como persona, nunca había existido y que todas las historias sobre él no eran más que simples invenciones, un mito entre tantos otros.

Cabe señalar que el editor era un hombre culto y sabía respaldar sus argumentos con referencias a historiadores antiguos. Mencionó, por ejemplo, al célebre Filón de Alejandría y al brillante Flavio Josefo, ninguno de los cuales, según Berlioz, había mencionado jamás la existencia de Jesús. Demostrando una erudición sólida, Mijaíl Aleksándrovich informó al poeta, entre otras cosas, de que el pasaje de la ejecución de Jesús en la famosa *Historia* de Tácito, Libro xv, capítulo 44, no era más que una interpolación falsa añadida posteriormente.

El poeta, para quien todo lo que decía el editor era una completa novedad, escuchaba con atención a Mijaíl Aleksándrovich, fijando en él sus vivaces ojos verdes. Sólo de vez en cuando hipaba, murmurando maldiciones contra la maldita bebida de albaricoque.

—No hay ni una sola religión oriental —decía Berlioz— en la que, como regla general, una virgen no haya dado a luz a un dios. Y los cristianos, sin inventar nada nuevo, hicieron lo mismo: crearon a su Jesús, quien en realidad nunca existió. Eso es en lo que debemos centrarnos...

El agudo tenor de Berlioz resonaba en el desierto bulvar y, a medida que Mijaíl Aleksándrovich se adentraba en los intrincados senderos del conocimiento —por los que sólo un hombre muy instruido podía caminar sin riesgo de perderse—, el poeta descubría cada vez más datos interesantes y útiles. Así, aprendió sobre Osiris, el benévolo dios egipcio, hijo del Cielo y la Tierra; sobre el dios fenicio Tammuz; sobre Marduk, e incluso sobre el menos conocido pero temible Huitzilopochtli, a quien los aztecas de México veneraban con gran devoción.

Justo en el momento en que Mijaíl Aleksándrovich relataba cómo los aztecas modelaban en masa la figura de Huitzilopochtli, apareció en el bulvar el primer individuo.

Más tarde, cuando ya sería demasiado tarde, varias instituciones presentarían sus informes describiéndole. La comparación entre dichos informes no deja de ser asombrosa. Uno de ellos afirmaría que era bajo, tenía dientes de oro y cojeaba de la pierna derecha. Otro, en cambio, diría que era muy alto, tenía coronas de platino y cojeaba de la pierna izquierda. Un tercer informe, mucho más escueto, simplemente declararía que no tenía ninguna característica distintiva.

Es preciso reconocer que ninguna de estas descripciones era correcta.

Para empezar, el hombre no cojeaba de ninguna pierna y no era ni bajo ni gigantesco, sino simplemente alto. En cuanto a sus dientes, llevaba coronas de platino en el lado izquierdo y de oro en el derecho. Vestía un elegante traje gris, con zapatos extranjeros del mismo tono. Su boina gris, ladeada con aire despreocupado, le daba un toque peculiar. Bajo el brazo llevaba un bastón con un pomo negro en forma de cabeza de caniche. Por su apariencia, tenía unos cuarenta y tantos años. Su boca, extrañamente asimétrica. Su rostro, perfectamente afeitado. Moreno. Su ojo derecho era negro, mientras que el izquierdo, por alguna razón, verde. Sus cejas eran negras, pero una estaba más alta que la otra. En resumen, un extranjero.

Pasando junto al banco donde estaban sentados el editor y el poeta, el extranjero les echó una mirada de reojo, se detuvo y, de repente, se sentó en el banco contiguo, a dos pasos de los amigos.

«Alemán», pensó Berlioz.

«Inglés», pensó Bezdomni. «Vaya, ni siquiera tiene calor con esos guantes».

El extranjero recorrió con la mirada los altos edificios que rodeaban el estanque en un cuadrado y quedó claro que veía ese lugar por primera vez y que le interesaba.

Detuvo entonces su mirada en los pisos superiores, donde los cristales deslumbrantes reflejaban la luz fragmentada del sol que se alejaba para siempre de Mijaíl Aleksándrovich. Luego, bajó la mi-

rada a los pisos inferiores, cuyas ventanas comenzaban a oscurecerse con la llegada de la tarde. Sonrió con indulgencia, entornó los ojos, apoyó las manos sobre el pomo de su bastón y su barbilla sobre las manos.

—Iván —decía Berlioz—, has representado de manera muy acertada y satírica, por ejemplo, el nacimiento de Jesús, el hijo de Dios. Pero el asunto es que antes de Jesús hubo muchos otros hijos de Dios, como el frigio Attis. En resumen, ninguno de ellos nació realmente, no existieron, y lo mismo ocurre con Jesús. Es necesario que, en lugar de describir su nacimiento y la llegada de los magos, te centres en los absurdos rumores sobre dicho nacimiento. Porque tal como lo cuentas, ¡parece que realmente nació!

En ese momento, Bezdomni intentó contener su hipo reteniéndolo la respiración, pero lo único que consiguió fue soltar un hipo aún más fuerte y doloroso. Al mismo tiempo, Berlioz interrumpió su discurso, porque el extranjero, de repente, se levantó y se dirigió hacia los escritores. Ambos lo miraron con sorpresa.

—Disculpen, por favor —dijo el recién llegado con un ligero acento extranjero, pero sin llegar a deformar las palabras—, que me permita intervenir en vuestra conversación sin conocernos, pero el tema de su erudita conversación me resulta extremadamente interesante.

Dicho esto, se quitó educadamente la boina y a los amigos no les quedó más remedio que ponerse de pie y devolverle la cortesía.

«No, más bien francés...», pensó Berlioz.

«¿Polaco?», pensó Bezdomni.

Cabe añadir que el extranjero causó en el poeta una impresión repulsiva desde el primer momento, mientras que a Berlioz, en cambio, le agradó o, mejor dicho, no es que le agradara, sino que... ¿Cómo expresarlo? Le resultó interesante, quizá.

—¿Me permiten sentarme? —preguntó el extranjero.

Los amigos, sin darse cuenta, se hicieron a un lado, y el extranjero se sentó ágilmente entre ellos, incorporándose de inmediato a la conversación.

—Si no he oído mal, usted afirmaba que Jesús nunca existió, ¿cierto? —preguntó el extranjero, fijando su ojo izquierdo, el verde, en Berlioz.

—No, no ha oído mal —respondió Berlioz con cortesía—. Eso es exactamente lo que estaba diciendo.

—¡Ah, qué interesante! —exclamó el extranjero.

«¿Y éste qué demonios quiere?» —pensó Bezdomni, frunciendo el ceño.

—¿Y usted está de acuerdo con su compañero? —preguntó el desconocido, girándose hacia Bezdomni.

—¡Al cien por ciento! —afirmó el poeta, gustoso de expresarse de manera llamativa y figurativa.

—¡Asombroso! —exclamó el inesperado interlocutor y, por alguna razón, echó una mirada furtiva a su alrededor antes de bajar la voz y seguir en tono confidencial—: Perdonen mi insistencia, pero he entendido que, además, ustedes tampoco creen en Dios. —y abriendo mucho los ojos, como asustado, añadió—: Les juro que no se lo diré a nadie.

—Es cierto, no creemos en Dios —respondió Berlioz con una leve sonrisa ante la aparente alarma del extranjero—. Pero sobre este tema se puede hablar con total libertad.

El extranjero se recostó contra el respaldo del banco y preguntó con un tono casi chillón de curiosidad:

—¿Son ateos?

—Sí, lo somos —respondió Berlioz sonriendo.

Mientras tanto, Bezdomni, molesto, pensaba: «¡Qué fastidio, este extranjero!».

—¡Oh, qué maravilla! —exclamó el asombroso extranjero, girando la cabeza de un lado a otro para mirar a ambos literatos.

—En nuestro país, el ateísmo no sorprende a nadie —dijo Berlioz con diplomática cortesía—. La mayoría de nuestra población dejó de creer conscientemente en los cuentos sobre Dios hace ya mucho tiempo.

Entonces el extranjero hizo algo del todo inesperado. Se puso de pie y estrechó la mano del sorprendido editor, a la par que decía:

—¡Permítame que le dé las gracias de todo corazón!

—¿Y por qué le está dando las gracias? —preguntó Bezdomni, parpadeando con incredulidad.

—Por una información sumamente valiosa que, como viajero, me resulta de un interés extraordinario —explicó el excéntrico forastero, levantando un dedo con aire significativo.

La importancia de aquella información parecía haberlo afectado profundamente, pues lanzó una mirada inquieta a los edificios cercanos, como si temiera ver a un ateo asomado en cada ventana.

«No, no es inglés...» pensó Berlioz, mientras que Bezdomni reflexionaba: «Lo que me intriga es dónde diablos ha aprendido a hablar ruso tan bien», y frunció aún más el ceño.

—Pero permítanme preguntarles —dijo el extranjero, tras una pausa llena de incertidumbre—, ¿qué hacemos entonces con las pruebas de la existencia de Dios? Como bien saben, hay exactamente cinco.

—¡Ay! —respondió Berlioz con fingida tristeza—. Ninguna de esas pruebas tiene valor alguno y la humanidad las ha archivado hace tiempo. Convengamos en que, en el terreno de la razón, no puede haber ninguna prueba de la existencia de Dios.

—¡Bravo! —exclamó el extranjero—. ¡Bravo! Ha repetido usted exactamente la idea de aquel inquieto anciano llamado Immanuel sobre este asunto. Pero aquí está lo curioso: él demolió sin piedad las cinco pruebas y luego, como si se burlara de sí mismo, ¡fabricó una sexta!

—La prueba kantiana —replicó el culto editor con una fina sonrisa— también es insostenible. No en vano Schiller decía que los razonamientos de Kant en este tema sólo podían convencer a los esclavos, y Strauss, directamente, se reía de ella.

«¿Quién es éste? ¿Y por qué habla tan bien ruso?», Bezdomni no podía parar de darle vueltas.

—¡Deberían agarrar a ese Kant y por semejantes pruebas mandarlo tres años a Solovki! —soltó de repente Iván Nikoláievich.

—¡Iván! —susurró Berlioz, avergonzado.

Pero la propuesta de enviar a Kant a Solovki no sólo no impresionó al extranjero, sino que incluso lo entusiasmó.

—¡Exactamente, exactamente! —exclamó, y su ojo izquierdo, verde, dirigido a Berlioz, emitió un destello—. ¡Ése es el lugar que le corresponde! Porque ya le dije en aquel desayuno: «Usted, profesor, con el debido respeto, ha ideado algo muy inconsistente. Puede que sea inteligente, pero es terriblemente incomprensible. Se burlarán de usted».

Berlioz abrió los ojos desmesuradamente. «¿En el desayuno... a Kant? ¿De qué está hablando?», pensó.

—No obstante —continuó el extranjero, sin inmutarse por el asombro de Berlioz y dirigiéndose al poeta—, enviarlo a Solovki es imposible por la simple razón de que ya lleva más de cien años en un lugar mucho más lejano que Solovki, y sacarlo de allí de ninguna manera es posible, ¡se lo aseguro!

—¡Qué lástima! —replicó el poeta bravucón.

—¡Yo también lo lamento! —confirmó el desconocido, con un brillo en uno de los ojos, y prosiguió—: Pero hay algo que me preocupa: si Dios no existe, entonces, dígame, ¿quién gobierna la vida humana y, en general, todo el orden en la Tierra?

—El mismo ser humano gobierna —respondió apresurado y con enojo Bezdomni a esa pregunta que, en honor a la verdad, no era del todo clara.

—Disculpe —replicó amablemente el desconocido—, pero para gobernar, se necesita, al menos, un plan preciso, aunque sea para un período de tiempo más o menos razonable. Permítame preguntarle: ¿cómo puede gobernar el ser humano si no sólo carece de la posibilidad de formular un plan siquiera a un plazo ridículamente corto, digamos, de mil años, sino que ni siquiera puede garantizar su propio día de mañana? Y, de hecho —aquí el desconocido se volvió hacia Berlioz—, imagínese que usted, por ejemplo, comienza

a gobernar, a disponer de los demás y de usted mismo, en fin, empieza a cogerle el gusto, y de repente a usted... ¡Ejem, ejem...! Se le declara un sarcoma de pulmón... —Aquí el extranjero sonrió dulcemente, como si la idea de un sarcoma de pulmón le causara placer—. Sí, sarcoma —repitió la sonora palabra entrecerrando los ojos como un gato— y así, ¡su gobierno ha terminado! Ya no le interesa el destino de nadie más que el suyo propio. Sus familiares comienzan a mentirle. Usted, sintiéndose algo raro, acude a médicos eminentes, luego a charlatanes y, en ocasiones, incluso a adivinos. Tanto lo primero como lo segundo y lo tercero son completamente inútiles, usted lo entiende. Y todo termina trágicamente: aquel que hasta hace poco creía que gobernaba algo, de repente se encuentra acostado inmóvil en una caja de madera, y los que lo rodean, comprendiendo que ya no hay ninguna utilidad en el que yace, lo queman en un horno. Y a veces es aún peor: justo cuando una persona planea viajar a Kislovodsk —aquí el extranjero entrece rró los ojos mirando a Berlioz—, una nimiedad, parecería, pero ni siquiera puede hacerlo, porque, sin razón aparente, de repente resbala y acaba bajo un tranvía. ¿Dirá usted que él mismo se gobernó así? ¿No es más correcto pensar que alguien completamente distinto lo gobernó por él? —y aquí el desconocido soltó una extraña carcajada.

Berlioz escuchaba con gran atención la desagradable historia sobre el sarcoma y el tranvía, y unas inquietantes ideas empezaron a atormentarlo: «¡No es un extranjero! ¡No es un extranjero! Es un sujeto rarísimo... Pero, un momento, ¿quién es?».

—Veo que quiere fumar —se dirigió inesperadamente el desconocido a Bezdomni—. ¿Cuáles prefiere?

—¿Es que tiene distintas clases? —preguntó sombrío el poeta, que ya se había quedado sin cigarrillos.

—¿Cuáles prefiere? —repitió el desconocido.

—Bueno, Nuestra Marca —respondió con irritación Bezdomni.

El desconocido sacó inmediatamente de su bolsillo un portapapeles y se lo ofreció al poeta.

—Nuestra Marca.

Lo que más sorprendió al editor y al poeta no fue tanto que en el portapapeles se encontraran exactamente cigarrillos de Nuestra Marca, sino el propio portapapeles. Era de un tamaño enorme, de oro macizo y, al abrirse, en la tapa brilló con fuego azul y blanco un triángulo de diamantes.

Aquí los literatos pensaron de manera diferente. Berlioz: «No, ¡es un extranjero!». Bezdomni: «¡Maldita sea! ¡Al diablo con él!».

El poeta y el dueño del portapapeles encendieron sus cigarrillos, mientras que Berlioz, que no fumaba, rehusó.

«Habrà que rebatirle de la siguiente manera –decidió Berlioz–: sí, el hombre es mortal, nadie lo discute. La cuestión es que...»

Sin embargo, no tuvo tiempo de pronunciar estas palabras, porque el extranjero habló antes:

—Sí, el hombre es mortal, pero eso no sería un gran problema. Lo malo es que a veces es repentinamente mortal, ¡ése es el truco! Y, en general, no puede decir con certeza lo que hará esta misma noche.

«¡Qué manera tan absurda de plantear la cuestión...!», pensó Berlioz y replicó:

—Bueno, ahí hay una exageración. Mi noche de hoy la tengo más o menos clara. Por supuesto, si en la calle Brónnaya me cae un ladrillo en la cabeza...

—El ladrillo –interrumpió de manera enfática el desconocido– no le cae nunca, sin motivo alguno, a nadie en la cabeza. En particular, le aseguro que a usted no le amenaza en absoluto. Usted morirá de otra manera.

—¿Tal vez usted sabe cómo exactamente? –preguntó con ironía Berlioz, sintiéndose arrastrado a una conversación verdaderamente absurda–. ¿Y me lo dirá?

—Con mucho gusto –respondió el desconocido. Midió entonces a Berlioz con la mirada como si fuera a confeccionarle un traje y murmuró entre dientes algo parecido a lo siguiente–: Uno, dos... Mercurio en la segunda casa... La Luna se ha ido... Seis, un

infortunio... Noche, siete... —y proclamó en voz alta y alegre—: ¡Le cortarán la cabeza!

Bezdomni abrió los ojos desmesuradamente con furia ante la desfachatez del desconocido, mientras que Berlioz, torciendo la boca en una sonrisa, preguntó:

—¿Y quién exactamente? ¿Enemigos? ¿Intervencionistas?

—No —respondió el interlocutor—, una mujer rusa, miembro del Komsomol.

—Hum... —gruñó Berlioz, irritado por la broma del desconocido—. Bueno, eso, disculpe, pero es poco probable.

—Permítame que le pida disculpas también —respondió el extranjero—, pero así será. En efecto, quisiera preguntarle, si no es un secreto, ¿qué hará esta noche?

—No es ningún secreto. Ahora iré a mi casa en la calle Sadóvaia y luego, a las diez de la noche, habrá una reunión en MASSOLIT, donde presidiré.

—No, eso de ninguna manera podrá suceder —replicó firmemente el extranjero.

—¿Y por qué no?

—Porque —contestó el extranjero, entrecerrando los ojos y mirando al cielo, donde unos pájaros negros, anticipando la frescura de la noche, trazaban silenciosos surcos—, porque Ánnushka ya ha comprado el aceite de girasol, y no sólo lo ha comprado, sino que incluso lo ha derramado. Así que la reunión no tendrá lugar.

En este punto, como es comprensible, reinó el silencio bajo los tilos.

—Disculpe —dijo finalmente Berlioz, mirando al extranjero, que no hacía más que decir disparates—, ¿qué tiene que ver aquí el aceite de girasol...? ¿Y quién es Ánnushka?

—Exactamente, ¿qué pinta aquí el aceite de girasol! —intervino de repente Bezdomni, quien evidentemente había decidido declararle la guerra a su inoportuno interlocutor—. Ciudadano, ¿ha estado alguna vez en un hospital psiquiátrico?

—¡Iván! —exclamó en voz baja Mijaíl Aleksándrovich.

Pero el extranjero no se ofendió en absoluto y se echó a reír con alegría.

—¡He estado, he estado y más de una vez! —exclamó riendo, sin apartar sus ojos serios del poeta—. ¡Dónde no he estado yo! Sólo lamento no haber tenido la oportunidad de preguntarle al profesor qué es la esquizofrenia. Así que mejor se lo pregunta usted mismo, Iván Nikoláievich.

—¿Cómo sabe usted cómo me llamo?

—Vamos, Iván Nikoláievich, ¿quién no lo conoce?

Aquí el extranjero sacó del bolsillo el número de ayer de la *Literaturnaya Gazeta*, e Iván Nikoláievich vio en la primera página su propia imagen y, debajo, sus propios versos. Pero lo que ayer le había parecido prueba de su fama y popularidad, esta vez no le causó ninguna alegría.

—Disculpe —dijo, y su rostro se ensombreció—. ¿Podría esperar un momento? Me gustaría intercambiar un par de palabras con mi compañero.

—¡Por supuesto! —exclamó el desconocido— se encuentra uno la mar de bien bajo estos tilos y, además, no tengo ninguna prisa.

—Escucha, Misha —susurró el poeta, llevándose a Berlioz aparte—. Este hombre no es ni turista ni nada, es un espía. Un emigrado ruso, un infiltrado. Pídele sus documentos, que se nos va...

—¿Tú crees? —susurró Berlioz alarmado, mientras pensaba para sus adentros: «¡Puede que tenga razón!».

—Hazme caso —repitió el poeta—, se hace el idiota para obtener información. Ya has visto cómo habla el ruso... —continuaba diciendo el poeta mientras miraba de reojo al desconocido por si escapaba—. Detengámoslo ahora o se nos irá.

El poeta tiró del brazo de Berlioz, conduciéndole hasta el banco. El desconocido se había levantado y permanecía de pie junto a él. Llevaba en la mano un librito encuadernado en gris oscuro, un sobre recio de buen papel y una tarjeta de visita.

—Disculpen, pero en el ardor de nuestra discusión olvidé presentarme. Aquí tienen mi tarjeta de visita, mi pasaporte y la invi-

tación a Moscú para hacer unas investigaciones —dijo con seriedad el extranjero, mientras observaba a los dos literatos con ojos penetrantes.

Berlioz y Bezdomni se azoraron. «¡Diablos! Nos ha oído», pensó Berlioz, indicando al desconocido con un ademán que los documentos no eran necesarios. Mientras el extranjero le encajaba los documentos al jefe de redacción, el poeta pudo leer en la tarjeta la palabra «profesor», impresa en letras extranjeras, y la letra inicial del apellido: una «W».

—Mucho gusto —farfullaba Berlioz muy cortado. El forastero guardó los documentos en el bolsillo.

Así se restablecieron las relaciones y los tres tomaron asiento.

—¿Ha venido en calidad de consejero, profesor? —preguntó Berlioz.

—Así es.

—¿Es usted alemán? —inquirió Bezdomni.

—¿Alemán, yo? —preguntó el profesor, quedándose pensativo—. Pues sí, seguramente soy alemán.

—Habla usted un ruso de primera —dijo Bezdomni.

—Oh, soy políglota y conozco muchísimas lenguas —respondió el profesor.

—Y, ¿cuál es su especialidad? —se interesó Berlioz.

—Soy especialista en magia negra.

«¡Lo que faltaba!», estalló en la cabeza de Mijaíl Alexándrovich.

—Y... ¿le han invitado a nuestro país por su especialidad? —preguntó recobrando la respiración.

—Sí, precisamente por eso —afirmó el profesor y explicó—: En la Biblioteca Estatal han descubierto unos manuscritos originales de Gerberto de Aurillac, nigromante del siglo x, y quieren que yo los descifre. Soy el único especialista del mundo en la materia.

—¡Ah! Entonces, ¿es usted historidor? —preguntó Berlioz aliado, con respeto.

—Soy un historidador —afirmó el sabio y añadió algo que no venía a cuento—: ¡Esta tarde tendrá lugar una historia muy interesante en los Estanques del Patriarca!

De nuevo, el asombro del jefe de redacción y del poeta llegó al colmo. El profesor les hizo entonces una señal con la mano para que se acercaran y susurró:

—Tengan en cuenta que Jesús existió.

—Verá, profesor —respondió Berlioz con una sonrisa forzada—, respetamos mucho sus amplios conocimientos, pero en este asunto tenemos otro punto de vista.

—¡De nada sirven los puntos de vista! —replicó el extraño profesor—. Simplemente, él existió, y eso es todo.

—Pero hace falta alguna prueba... —empezó a decir Berlioz.

—No hace falta ninguna prueba —contestó el profesor, y empezó a hablar en voz baja, mientras su acento, por alguna razón, desaparecía—. Todo es muy simple: con una capa blanca de forro rojo sangre y una andadura arrastrada propia de los caballeros, apareció, a primera hora de la mañana del decimocuarto día del mes primaveral de Nisán...